

EL P. COLL

Y LA CONFIANZA EN DIOS

La persona y los escritos del Fundador son sin duda fuente inagotable para profundizar en el carisma. Hoy quisiera invitaros a reflexionar sobre uno de los aspectos de la rica personalidad del P. Francisco Coll: su plena confianza en Dios. Puede ser una pequeña ayuda para ahondar algo más en nuestro carisma y para ir descubriendo el perfil de la Dominica de la Anunciata que el P Coll soñó.

EN SU VIDA

No cabe duda que el P. Coll mantuvo toda su vida una gran confianza en Dios, a través de las múltiples y penosas pruebas que tuvo que soportar. Bastaría recordar aquella conmovedora y repetida frase: «Si es voluntad de Dios que yo esté ciego, aunque pudiera recobrar la vista tocándome con los dedos los ojos, no lo haría». No se puede llegar a esta conformidad y comunión con la voluntad de Dios sin una enorme confianza en su amorosa providencia. «Sé bien de quien me he fiado» (2 Tm 1,12), pudo decir con S. Pablo. Y hubiera podido decir también como R. Tagore: «Apaga, Señor, tu lámpara; yo conoceré tu oscuridad y la amaré».

Esta firme confianza en Dios se manifestó a través de toda su vida. La sostuvo en las pruebas y la alentó en sus empresas y proyectos.

Numerosos testimonios lo confirman¹. En las contradicciones y dificultades de la fundación y propagación del Instituto, abandonando de sus más íntimos amigos y sin medios económicos, la convicción de que era «obra de Dios» lo impulsó siempre a seguir adelante.

Confiado y entregado a la voluntad del Padre, como todas sabemos, vivió su penosa enfermedad².

Fruto de la entrañable vivencia de que Dios no falla nunca era el hombre afable y sereno que inspiraba y transmitía confianza. A las Hermanas y otras personas tristes o atribuladas que acudían a él, sabía infundirles tal confianza en Dios y en la Sma. Virgen, que generalmente pronto se sentían consoladas y animadas³.

«Si es voluntad de Dios que yo esté ciego, aunque pudiera recobrar la vista tocándome con los dedos los ojos, no lo haría»

Convencido de la misericordia de Dios para alcanzar la salvación, en sus pláticas y sermones era tal la confianza que comunicaba, la influencia que ejercía en los

¹ Vito T. GOMEZ GARCIA O.P. *Francisco Coll. Testimonios* (1812- 1831), pp. 526, 880, 981, 1003

² Testimonios..., pp. 514, 875, 881, 929, 1033,1050, 1087.

³ Testimonios..., pp. 790, 792, 929.

oyentes, que donde quiera que predicase se cambiaban las costumbres⁴.

«Confiad más y más en el Señor con el cual todo lo podéis»

EN SUS ESCRITOS: REGLA O FORMA DE VIVIR

No dedicó el P. Coll en la Regla ningún capítulo a la confianza en Dios, pero se encuentran numerosos párrafos y páginas enteras destinados a infundirla en las Hermanas. Es precisamente su parte más original, lo que viene a indicar que es algo que el P. Coll llevaba muy adentro.

Si tomamos el cap. IX, sobre el deseo de la perfección y el deber de adquirirla, y lo examinamos a la luz de las fuentes, podemos comprobar que sólo en las primeras páginas, no llegan a cinco, se base en la *Monja Santa* de S. Alfonso María de Liguori, cap. III y IV en las que sienta los principios y formula los medios para adquirirla. Después, en las siete restantes, prescindiendo de las fuentes, con un estilo propio, afectuoso e insistente, se dedica a animar a las Hermanas a avanzar en el camino de la santidad, infundiéndoles una plena confianza en Dios. Creo que lo consigue. Personalmente puedo decir que me dieron gran aliento.

• Confianza plena en Dios

En el capítulo arriba citado, sobre el deseo de la perfección señala tres medios para conseguirla. El segundo es «tener una gran confianza en Jesucristo y en su Santísima Madre». Esa inmensa confianza que nuestro Fundador tenía quiere transmitirla a sus hijas, a las de su tiempo y a las de hoy, a ti, a mí, a todas. Sabe que esponja el alma, le da paz y seguridad, la abre a la acción santificadora de Dios. Escuchémosle.

«Resignaos a la voluntad divina; entonces más que nunca confiad en Dios»

Con relación al tercer medio para lograr la perfección, huida de todo pecado o defecto, insiste: *«Confiad más y más en el Señor con el cual todo lo podéis»* (p. 89). *Animaos, una voluntad bien resuelta lo vence todo con la gracia de Dios»* (p. 90). Desea nuestro Fundador que vivamos animosas, con una confianza constantemente renovada, y así aconseja: *«Cada día deciros: Hoy quiero con la ayuda de Dios nuestro Señor, practicar tal virtud con todo esfuerzo, como si fuese el último día de mi vida. Diréis a Dios nuestro Señor: Padre mío amantísimo hoy mismo empiezo con vuestra gracia a amaros con todo mi corazón»* (p. 97). Al hablar de la confesión, se esfuerza en lograr que nos quedemos tranquilas y procuremos la enmienda *«con paz y sin ansiedad»*, afirmando que los temores nacen del enemigo, que busca amargar *«un sacramento de confianza y amor»* (pp. 171 y 175). La plegaria que ordena se diga cada día al final de la oración toda ella respira confianza, humilde confianza, y entrega (pp. 13-16).

• En el sufrimiento •

⁴ Testimonios..., pp. 732, 947, 996, 1077.

Mantener la confianza en las penas y dificultades de la vida no siempre resulta fácil. El P. Coll lo tiene en cuenta. Exhorta a las Hermanas a abrazar con paz y resignación las tribulaciones y adversidades, en especial la enfermedad; pero al mismo tiempo las anima a la confianza: *«Diréis que no tenéis fortaleza para practicarlo así. No temáis. Ofreceos así a Dios nuestro Señor y El cuidará de daros las fuerzas necesarias, porque El es fiel y no permitirá que sufráis más de lo que podáis, sin daros los auxilios»* (p. 212). Refiriéndose a la aridez espiritual dice: *«Resignaos a la divina voluntad; entonces más que nunca confiad en Dios»* (p. 259).

«Desconfiad más que nunca de vuestras fuerzas y de vuestras resoluciones; poned toda la confianza en vuestro amado Padre»

• En las caídas

Buen conocedor de la fragilidad de la naturaleza humana, el P. Coll tiene presentes las caídas y recaídas en faltas y defectos y el desaliento consiguiente, y muestra especial interés en infundir ánimo en las Hermanas. Se puede ver en numerosos pasajes. Repetidas veces aconseja: *«Cuando hayamos cometido una falta, corramos a Dios con humildad y confianza»* (p. 251). *«Aunque hubieses caído muchas veces en un mismo día, no os desalentéis, ni perdáis la confianza en Dios»* (p. 96). *«No desmayéis nunca, aunque paséis meses y años cayendo en las mismas faltas»* (p. 182).

Pero sí debemos reconocer nuestra fragilidad: *«Volviéndoos luego a Dios, le diréis con humildad y confianza: Ahora, Dios mío, acabo de mostrar lo que soy»* (p. 95). Pero por muy grande que sea nuestra indigencia está siempre la misericordia y la bondad infinita de Dios: *«Bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiero que desmayemos por eso, sino que nos levantemos (...), como el niño que cae, el cual luego se levanta y corre como antes»* (p. 193). Les recuerdo la frase de San Ambrosio: *«Las caídas de los niños no indignan a su padre, le enternecen»*.

Confianza en Dios, pero desconfianza en nosotras mismas: *«Concebid una gran desconfianza de vosotras mismas, horror al pecado y una gran confianza en Dios, Padre tan tierno y compasivo»* (p. 96). Siempre animosas, dispuestas a empezar de nuevo, como quien estrena la vida: *«Emprended lo mismo que habíais propuesto con ánimo, con alegría y confianza, sin pensar en la falta que habéis hecho»* (p. 183).

• Desconfianza de uno mismo y gran confianza en Dios

En el capítulo XVII, sobre la perfección cristiana y el modo de conseguirla, cuando quiere explicar en qué consiste, comienza por el conocimiento de *«la bondad, el poder y la grandeza infinita de Dios nuestro Señor, y la miseria, la bajeza y propensión de nuestra naturaleza al mal»* (p. 159). Están por un lado la bondad y el poder infinito de Dios, que motivan a una total confianza en Él, y por otro, nuestra fragilidad y miseria, que nos hacen desconfiar de nosotras mismas. Son dos puntos básicos en los que frecuentemente insiste el P. Coll. Los acabamos de ver al hablar de las caídas.

En el capítulo III, sobre la humildad, aconseja para momentos en que se hace más patente nuestra flaqueza e impotencia: *«Desconfiad más que nunca de vuestras fuerzas*

y de vuestras resoluciones; poned toda la confianza en vuestro amado Padre (...); cuanta mayor sea la desconfianza que tendréis de vosotras mismas, mayor la confianza en El» (p. 38). Finaliza el capítulo IX, arriba citado, animando a las Hermanas a seguir el camino de la perfección: «Desconfiad bien de vosotras y confiad en Dios, que El peleará con vosotras, estará con vosotras y hará que consigáis la verdadera perfección» (p.99).

«Tomad por regla cierta que cualquier pensamiento que os distrajese del amor de Dios y de su confianza, es un mensajero del infierno»

Quiere el P. Coll que pongamos todo nuestro esfuerzo e interés en conseguir la santidad, pero sin apoyamos en nuestra fuerza. Refiriéndose al examen de conciencia, exhorta: *«Volved con más desconfianza de vosotras mismas, con más confianza en Dios nuestro Señor, y más cuidado de vuestra parte, a emprender lo mismo con gran deseo y no temáis»* (p. 186). Y poco más abajo: *«Emprended la corrección con más confianza de vosotras mismas y con más confianza en Jesús y María y no desmayéis nunca, ni os entristezcáis un instante»* (p.190). Siempre sin temores, sin desánimos. Tiene muy claro que cuanto más profunda sea la vivencia de nuestra debilidad e impotencia, más lo esperaremos todo de Dios, y con Dios todo se puede. *«Para vencer cualquier defecto nuestro -dice-, debemos desconfiar enteramente de nuestras fuerzas y diligencias, y poner toda nuestra confianza en Dios»* (p. 267).

•Evitar los pensamientos que disminuyen la confianza

Muestra sumo interés el P. Coll en que las Hermanas mantengan un espíritu sereno y eviten, por lo tanto, todo pensamiento que turbe, inquiete o disminuya la confianza en Dios. Conoce la fuerza del pensamiento donde se fraguan las conductas, actitudes y sentimientos. Recuerda el gran principio de S. Francisco de Sales, que «todo pensamiento que inquieta jamás viene de Dios». Advierte: «En nada habéis de velar con tanto cuidado como en no permitir que entre alguna perturbación en vuestra alma y en consentir que esté inquieta ni un breve instante». «Tomad por regla cierta que cualquier pensamiento que os distrajese del amor de Dios y de su confianza, es un mensajero del infierno, y como tal debéis apartarlo» (p. 92). Hablando de los remordimientos de conciencia, afirma que si humillan, mueven a ser más diligentes en la oración y en la práctica de las obligaciones, y no disminuyen la confianza en Dios, deben recibirse como venidos del cielo; pero no así, si inquietan y perturban (cf. p.94).

He tratado de recoger, a través de las páginas de la Regla, las frases que me parecieron más significativas, referentes a la confianza en Dios. Tal vez puedan servir como inicio de una reflexión sobre lo que nuestro Fundador nos dice acerca de esta virtud, que hoy también necesitamos.

H.SOCORRO PÉREZ CAMPO OSORIO

Boletín Anunciata n.297 abril 1995 pp. 65-69



Amplio el horizonte que Francisco ve desde el balcón; más amplia su confianza en Dios